

# Los inicios del siglo wilsoniano

## *The beginnings of Wilsonian century*

José Luis Orozco Alcántar\*

### Resumen

Existe una percepción común entre los teóricos internacionalistas acerca de que el siglo xx es el siglo wilsoniano. Desde esta perspectiva algunos de ellos contraponen el siglo del nazismo de Hitler y el siglo de Stalin del mundo comunista. De acuerdo con esta oposición, considero que los estudiosos latinoamericanos deben saber cuáles son las características del *wilsonianismo*. En otras palabras, se han investigado los aspectos empresariales de la democracia wilsoniana y los elementos científicos de la misma. En este artículo se describe el proceso de formación de una filosofía política que consideramos que es el wilsonianismo. En este trabajo se concluye una investigación realizada en años pasados y terminada en el año en curso.

**Palabras clave:** Administración científica, democracia universal, orden mundial, relaciones internacionales.

### Abstract

There is a common perception among international theorists about the twentieth century as being the Wilsonian century. From that perspective some theorists opposed it to the Hitler's century of Nazism and "the Stalin's century" of world communism. According to that opposition, I consider that Latin-American academicians should know which ones were the characteristics of *wilsonianism*. In other words, we have researched about the entrepreneurial aspects of Wilsonian democracy and the scientific aspects of the same. In this article is described the process of forming an entire political philosophy of what we consider *wilsonianism* is. This work concludes some research made in past years and concluded here a year ago.

**Key words:** Scientific administration, universal democracy, world order, international relations.

## Introducción

Con sus propias palabras, dejamos que el actor-autor decisivo de nuestra disciplina se prepara –filosófica e históricamente– tanto para la configuración académica como para la configuración estratégica que serán fundamentales para los internacionalistas

---

\* Doctor en Ciencia Política por la UNAM, maestro en Ciencia Política por la Universidad de Texas y licenciado en Derecho por la Universidad Autónoma de Chihuahua. Profesor adscrito al Centro de Relaciones Internacionales de la FCPys-UNAM. Correo electrónico: giusluig@mail.politicas.unam.mx

de Estados Unidos hasta nuestros días. Lejos del idealismo que suele adjudicársele, la propuesta de los 14 Puntos representa el primer modelo de una política y geopolítica apegada a los modelos juzgados científicos por el profesor Wilson y sus asociados y apegados a los intereses de la organización industrial y financiera norteamericana. Todo ello confluye en la integración de una ideología horizontal, pragmática y plural, que en adelante caracteriza a las Ciencias Sociales cultivadas en Norteamérica y, de ahí, al resto del mundo.

### La nueva ciencia de la política, esa ciencia

“Desearía grandemente, Señor”, se dirige Woodrow Wilson al rey de Italia en su discurso ante la Academia de los Linceos de Roma a principios de 1919, “que yo pudiera creer en que fui un digno representante de la ciencia en los Estados Unidos”. “No puedo pretender considerarme en algún sentido propiamente dicho un hombre de ciencia”, parece lamentar. “Mis estudios”, aclara, “se han dedicado durante toda mi vida al campo de la política y, mientras la política puede ser, por cortesía, llamada una ciencia, es una ciencia que, con frecuencia, se practica sin ninguna regla y le es sumamente difícil establecer pautas, a manera de que uno pueda estar seguro de conducirla de la manera correcta”. “Al mismo tiempo, en tanto tal vez no haya una ciencia del gobierno, debe darse, me atrevo a decirlo, el espíritu de la ciencia en el gobierno mismo, esto es, el espíritu del desinterés, el espíritu de encontrar la verdad en tanto la verdad esté lista para ser aplicada a las circunstancias humanas”. “Esto, después de todo”, proclama Wilson, “porque el problema de la política es satisfacer a los hombres en el ordenamiento de sus vidas, es realizar para ellos en lo que sea posible los objetos que han acariciado generación tras generación y que con tanta frecuencia han visto posponerse”. “De aquí que, a menudo”, concluye la idea que dirá guiarlo, “he pensado que la universidad y la academia de ciencias ocupan su parte en simplificar los problemas de la política y, por consiguiente, en ayudar al avance de la vida humana a lo largo de las líneas de la estructura política y la acción política”.<sup>1</sup>

“Sí, querida”, escribía Woodrow Wilson a su prometida, confidente y consejera Ellen Louise Axson a pocos meses de su matrimonio y a más de 30 años de Versalles, “hay, y ha habido en mi mente ‘un sentido escondido de frustración y de pérdida, como si yo hubiera olvidado de mi vida algo que mis aptitudes e inclinaciones me conceden reivindicar’”. “Siento un remordimiento verdaderamente real”, continuaba su misiva, “de que ha sido marginado de los primeros afanes y propósitos de mi

<sup>1</sup> Woodrow Wilson, “To the members of the Academy of the Lincei (*sic*)”, 4 de enero de 1919 en *The Messages and Papers of Woodrow Wilson*, tomo 1, ed., introd. e índice analítico de Albert Shaw, The Review of Reviews, Nueva York, 1924, pp. 600- 601.

corazón, los cuales fueron tomar parte activa y directiva, de ser posible, en la vida pública y de lanzarme yo mismo, si tuviera la habilidad, a la profesión de estadista”. “Este es el más profundo secreto de mi corazón, o, más bien, de mi inteligencia”. “No tengo paciencia”, confesaba más adelante, “para la tediosa faena conocida como ‘investigación’; abrigo una pasión por interpretar los grandes pensamientos del mundo; estaría completo si pudiera inspirar un gran movimiento de opinión, si pudiera leer las experiencias del pasado en la vida práctica de los hombres de hoy y, así, comunicar las ideas de las inteligencias de las grandes masas del pueblo para impulsarlas hacia las grandes hazañas políticas”. “Mi sentimiento”, resumía Wilson, “ha sido que el talento literario tal y como yo lo tengo es secundario al equipamiento para otras cosas; que mi poder para escribir está destinado a ser el sirviente de mi poder para debatir y organizar la acción”.<sup>2</sup>

“En relación a quienes escriben”, clarificaba Wilson a principios de los años noventa del siglo XIX en un manuscrito de Princeton incompleto y publicado a tres décadas de su muerte, “los hombres que se mantienen más cercanos a las masas tienen en sus manos la traducción del nuevo pensamiento en el crudo lenguaje de las realidades”. “Aquí aparece, incuestionablemente”, asentaba al tono pleno del llamado elitismo europeo –Mosca, Pareto o Sorel, por caso– “la perenne desavenencia entre los hombres que escriben y los hombres que actúan”. “Quienes escriben”, afirma, “aman la proporción; quienes actúan se arrojan sobre líneas practicables de acción y descuidan la proporción”. “Esto parecería ser suficiente para explicar la poco menos que repugnancia universal que sienten los letrados hacia la democracia”, concluye. “Los argumentos que inducen la acción popular”, advierte Wilson sin apartarse del cauce mayor del antiparlamentarismo, “deben ser siempre argumentos comprensibles y obvios: solamente una sustancia muy densa de conceptos concretos puede causar alguna impresión en las mentes de las masas; ellas han de obtener sus ideas muy absolutamente expuestas y son más propensas para optar por medias verdades que alcancen a entender que una verdad total que tenga demasiados ángulos, visibles todos simultáneamente”. “En qué consiste, pues, el liderazgo político”, se pregunta Wilson. “Consiste en un liderazgo en la conducta, y un liderazgo en la conducta debe discernir y fortalecer las tendencias que favorecen el desarrollo”. “El líder legislativo debe percibir la dirección de las fuerzas permanentes de la nación y debe captar la velocidad de su operación”. “Aquí hay iniciativa”, agrega, “pero no innovación; hay viejos pensamientos, pero hay una aplicación progresiva de ellos”.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Woodrow Wilson, “Carta a Ellen Louise Axson del 24 de febrero de 1885” en *The Political Thought of Woodrow Wilson*, ed. por David Cronon, The Bobbs-Merrill Company, Inc., Indianápolis, Nueva York, Kansas City, 1965, pp. 10-11.

<sup>3</sup> Woodrow Wilson, “Manuscrito incompleto” (c. 1890) en *ibidem*, pp. 20-21 y 25.

“El campo de la administración es el campo de los negocios”, equiparaba pocos años antes un joven Wilson desencantado de la práctica del derecho y visionario ya de líneas concretas de acción. “Se le aparta de la precipitación y la contienda de la política; en su mayor parte se mantiene alejada incluso del terreno polémico del estudio constitucional”, anunciaba. “Es parte de la vida política solamente como los métodos de un despacho contable son parte de la vida de la sociedad; solamente como la maquinaria es parte del producto manufacturado”, precisaba empero Wilson. “Pero, al mismo tiempo”, añadía, “se levanta muy a lo alto del obtuso nivel del mero detalle técnico mediante el hecho de que a través de sus principios más elevados está directamente conectada con las máximas perdurables de la sabiduría política, las verdades permanentes del progreso político”. “El objeto del estudio administrativo”, postula entonces, “es el de rescatar los métodos ejecutivos de la confusión y el dispendio del experimento empírico y establecerlos sobre fundamentos instalados profundamente en un principio estable”. “El estudio de la administración, visto filosóficamente”, sondeaba aún más Wilson, “está estrechamente conectado con el estudio de la apropiada distribución de la autoridad constitucional”. “Para ser eficiente, debe descubrir los ordenamientos más simples a través de los cuales la responsabilidad debe recaer inequívocamente sobre los funcionarios, la mejor manera de dividir la autoridad sin estorbarla y la responsabilidad sin oscurecerla”, agrega. “Y esta cuestión de la distribución de la autoridad, cuando se le considera en la esfera de las funciones más altas y originarias del gobierno”, se explaya el Wilson juvenil, “es obviamente una cuestión constitucional central”. “Si el estudio administrativo puede descubrir los mejores principios para basar esa distribución”, parece proyectarse Wilson a sí mismo, “habrá hecho al estudio constitucional un servicio invaluable”. “Montesquieu no dijo, estoy convencido”, afirma, “la última palabra sobre este asunto”.<sup>4</sup>

“Somos los primeros americanos”, alude Wilson a su generación al extender en forma de libro aquel primer ensayo impactante, “que escuchamos a nuestros propios conciudadanos preguntarse si la Constitución está todavía adaptada para servir los propósitos para los cuales fue pensada; los primeros que abrigamos serias dudas acerca de la superioridad de nuestras propias instituciones al compararlas con los sistemas de Europa; los primeros en considerar la remodelación de la maquinaria administrativa del gobierno federal y en impulsar nuevas formas de responsabilidad sobre el Congreso”. “La noble acta del derecho fundamental que nos fue dada por la Constitución de 1787”, apunta, “sigue siendo nuestra Constitución; pero ahora es nuestra forma de gobierno, más acertadamente en el nombre que en la realidad, porque la forma que la Constitución adquiere es una de equilibrios delicadamente ajustados, ideales, mientras

<sup>4</sup> Woodrow Wilson, “The study of administration” en *Political Science Quarterly*, II, junio 1887 en *ibidem*, pp. 88-89.

que la forma real del gobierno actual es simplemente un esquema de supremacía del Congreso”. “La Constitución es ahora”, reitera Wilson, “como la Carta Magna o la Declaración de Derechos, únicamente el centro-ancla de un sistema de gobierno vastamente mayor que el tronco del cual han brotado ramales, –un sistema en el que algunas de sus formas tienen sólo comienzos muy indistintos y rudimentarios en la simple sustancia de la Constitución y que ejercen muchas funciones aparentemente muy ajenas a las propiedades originales contenidas en la ley fundamental”.<sup>5</sup>

“Siempre hay un centro de poder: ¿dónde se encuentra ese centro en este sistema?”, inquiera Wilson por encima de todo razonamiento jurídico clásico. “Esta es, entonces”, afirma quien se aparta de los múltiples refinamientos de la teoría literaria, “la dificultosa tarea para alguien que escriba ahora a la vez práctica y críticamente sobre nuestro gobierno nacional para escaparse de las teorías y apegarse a los hechos, no permitiendo ser confundido por el pensamiento de lo que el gobierno aspiraba a ser, o dejarse de conjeturas tales como la que algún día puede llegar a ser, sino esforzarse en atrapar sus fases actuales y en fotografiar el delicado organismo en todas sus partes características exactamente como lo es ahora; una empresa que es del todo lo más arduo y ambiguo para ser estructurado, porque ha de iniciarse sin la brújula de los escritores de autoridad reconocida”. Luego de un análisis acusatorio del empantanamiento ejecutivo del Congreso y la misma Suprema Corte de Justicia, federales y estatales, Wilson no podrá sino llegar al imperativo de “las prerrogativas del Presidente” que detalla casi de manera paralela en un plano histórico y cuyo poder observa, además, declinar “a medida que se perfeccionan las tácticas mezquinas de los partidos”. “Como ha sido señalado”, anticipa en torno a los diques para contener la Revolución Francesa, las querellas con Inglaterra o los alborotos sudamericanos, “el gobierno estuvo constantemente ocupado durante el primer cuarto de siglo de su existencia en la instrumentación de las relaciones exteriores; y con las relaciones exteriores, por supuesto, los Presidentes tuvieron que hacerlo todo, puesto que el suyo era una ministerio de negociación”.<sup>6</sup>

IncurSIONAR en la política exterior abre en esos años la posibilidad vertiginosamente erudita de la filosofía política sólida y permanente que, “mediante el método comparativo e histórico”, Wilson hará valer para el futuro. *The State*, libro enciclopédico y pedagógico escrito en sus días en Johns Hopkins, y revisado una y otra vez, proyecta bajo el signo del darwinismo nada menos que la expansión política de las razas arias hacia el Oeste del mundo. No habrá en el texto, en consecuencia, mención científica de Rusia, España, Italia, el Oriente y los países de América Latina. “Para rastrear el

<sup>5</sup> Woodrow Wilson, *Congressional Government. A Study in American Politics* (1900), nueva introd. de William F. Connelly, Jr., Transaction Publishers, New Brunswick y Londres, 2009, pp. 5-8.

<sup>6</sup> *Ibidem*, pp. 10-43.

linaje de los gobiernos europeos y americanos que han edificado el orden de la vida social para aquellas más fuertes y más nobles que han hecho el más notable progreso en la civilización”, explica Wilson su filosofía de la historia, “es esencial conocer principalmente la historia política de los Griegos, los Latinos, los Teutones y los Celtas, si no únicamente, y solamente los hábitos y las ideas originales de las razas arias y semíticas”. “Los gobiernos existentes de Europa y América proporcionan los tipos dominantes de hoy”, deduce sin sorpresa. “Conocer otros sistemas que han sido derrotados o muertos”, admite, “ayudaría tan sólo indirectamente al entendimiento de los que están vivos y triunfantes, como en la supervivencia de los más aptos”. “Incluso las instituciones semíticas, a no dudarlo”, dicta su darwinismo, deben ocupar solamente un segundo lugar en estudios como éste”. “Las principales estirpes de las formas europeas de gobierno son Arias”.<sup>7</sup>

Si el reino del derecho consuetudinario fue largo y decisivo, si muchas razas “jamás han trascendido el tutelaje de la costumbre inexorable”, si “los cambios del sistema corren más aprisa que las ideas”, Wilson formula su gran pregunta: “¿cómo fue que el cambio se introdujo, y de qué forma, en ese gran vivero de costumbre en el cual todas las naciones vistieron alguna vez vestimentas reducidas y en el cual tantas naciones se ocupan todavía de las supersticiones y los pequeños juegos de la infancia?”. “¿Cómo fue que algunos hombres se entregaron al progreso y la mayoría no?”, complementa su “difícil pregunta”, y aborda así el tema de las diferencias, los antagonismos y las competencias bajo la fácil respuesta de que “los mejores sobreviven” en el movimiento y el cambio. A pesar de que la religión, la imitación y la iniciativa individual jueguen un papel fundamental en el cambio institucional, la acción de los gobiernos jóvenes adopta fórmulas más libres y flexibles, y aquí el caso de Estados Unidos. “Una de las características distintivas de la raza inglesa cuyo hábito político nos ha sido transmitido a través de la sagaz generación que erigió este gobierno”, aclara Wilson más adelante en el texto, “consiste en que nunca se sintieron atados por la lógica de las leyes sino por su entendimiento práctico basado sobre un lento precedente”. “Para esta raza”, asienta, “el derecho bajo el cual viven es, en cualquier tiempo particular, lo que en ese entonces es entendido que sea; y este entendimiento se combina con las circunstancias del tiempo”. “Ellos jamás se han preocupado de seguir en estricto sentido las consecuencias legales de las teorías absolutas”, admite para su futuro personal. “Sus leyes”, redondea, “siempre han sido usadas como partes de la marcha práctica de su maquinaria política –partes ajustables de tiempo en tiempo, mediante interpretación, a la opinión y la condición social existentes”.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Woodrow Wilson, *The State. Elements of Historical and Practical*, D. C. Heath & Co., Boston, Nueva York, Chicago, 1898, pp. 2-3.

<sup>8</sup> *Ibidem*, pp. 16-20 y 463.

Esa flexibilidad racial e institucional, y el atajo a través de la historia que Wilson toma de la última década del siglo XIX, le permiten idealizar el desarrollo norteamericano en términos más personales que los de la *frontier* del amigo, discípulo y colega Frederick Jackson Turner. “La historia del país y las ambiciones de su pueblo”, expone en *Division and Reunion* de 1893, “han sido considerados tanto sórdidos como despreciables, inspirados por nada mejor que el deseo de la vulgar satisfacción de la abundancia material; y se ha pronunciado grotescamente que la mera grandeza y la riqueza han de quedar adelante como los fundamentos más prominentes de la vanagloria de su inmensidad”. Bajo la dialéctica darwiniana de la Naturaleza y la “conquista del territorio propio”, Wilson deja en claro que “una raza temeraria deriva la inspiración del tamaño, de la dificultad y del peligro del deber”. “La expansión ha significado nacionalización; la nacionalización ha significado poder y elevación de miras”, proclama casi a la par de Turner. El hombre semejante al que abre fronteras, y aquí el argumento gira alrededor de los tiempos de Andrew Jackson, “se mantiene dinámico por naturaleza en el desenvolvimiento de una nación nueva y democrática”. “Personifica”, añade Wilson sobre ese hombre, “las fuerzas que nacionalizan al gobierno; esas fuerzas pueden indicarse sumariamente en dos palabras: ‘el Oeste’”. “Nuestra democracia”, proclama por lo tanto, “no por volverse dilatada perdió el temperamento democrático característico”.<sup>9</sup>

La gravosa Guerra de Secesión, abre, a fin de cuentas, el universo que espera a Wilson. “América”, anota en 1901 acerca de su América, “llegaba a la crisis y al punto decisivo de su desarrollo”. “Obviamente, el mundo de los negocios, el entero mundo de la industria, se hallaba en proceso de revolución”, afirma. “Hasta entonces, había estado luchando para liberar y organizar sus recursos, para conquistar su verdadero espacio económico en el mundo”, escribe con modestia. “Al final de la guerra de Secesión”, se topa ahora con el tema de la dependencia económica por las deudas contraídas con Europa, “no había sino treinta y cinco mil millas de vías ferroviarias sobre todos los vastos espacios del continente”. Construir el faltante para conectar sus campos y factorías con los mercados del mundo implicaba “préstamos por cientos de millones”, y además se acercaban para la presidencia de Grover Cleveland “los años fatales de la depresión de 1893-1896”; bueno que, primero ante Inglaterra y en defensa de Venezuela, pueda sacarse de la manga “la nueva y vigorosa aserción de la Doctrina Monroe”. Partidario de la justicia y el arbitraje, Cleveland “también tenía en mente que las peculiares relaciones del gobierno que presidía habían padecido siempre, como los Estados de Sudamérica respecto a sus transacciones con las naciones de Europa, y sabía que él no podía relajar lealmente el rigor del principio sobre el cual

<sup>9</sup> Woodrow Wilson, *Division and Reunion, 1829-1919*, Longmans, Green, and Co., Londres, Bombay y Calcuta, 1910, pp. 4 y 25-26.

Estados Unidos había defendido por setenta años la vigencia de esa política”. “Su aserción de la doctrina Monroe en un nuevo aspecto”, prosigue Wilson sobre Cleveland, “con una nueva dignidad e incluso con un nuevo rigor, fue la que contagió de un entusiasmo casi apasionado al país y volvió innecesaria la guerra”.<sup>10</sup>

Una vez logrado el arbitraje y serenados los ánimos, “el Presidente tuvo la satisfacción de ver un tratado completo y firmado en enero de 1897”; con todo, y a pesar de que el nuevo Presidente se apresura en presentarlo ante el Senado, “el Senado lo rechaza”. “El Senado”, cuenta Wilson, “no obligaría al gobierno a someter sus intereses, en todos los casos, a las decisiones de un tribunal externo, y el pulcro trabajo diplomático de dos gobiernos se acercó a la nada”. Pero la presidencia republicana de William McKinley se enreda, con el designio primordial de salir de la crisis, en “las perplejidades de la política exterior” que conducen a la confrontación con España, cuyo capitán general juzga que adopta allí “medidas de represión que ofenden el sentido humano de todos los pueblos civilizados”. Terminada la *splendid little war* de 1898, recuperado el ritmo económico, asesinado McKinley, “la política de Theodore Roosevelt en relación a América Latina se centró en torno a la necesidad de reconciliar con la Doctrina Monroe con la disposición en aumento de los Estados acreedores europeos de emprender por la fuerza la cobranza de las deudas contraídas por las repúblicas latinoamericanas”. “A pesar de su principio recíproco, al confinar los intereses políticos de los Estados Unidos con los del Hemisferio Occidental, arrojándolos obviamente por la borda”, adiciona Wilson en 1910 a su *Division and Reunion*, “no obstante, en su fase positiva, jamás fue tan fuerte como a finales de la Guerra Hispano-Americana”. Frente a Alemania y su codicia por las aduanas de Venezuela, Roosevelt la obliga a declarar que no abriga “ninguna intención de efectuar la más mínima adquisición de territorio en el Hemisferio Occidental”. No es suficiente: “si Estados Unidos iba a arrogarse esos derechos extraordinarios, ¿debía o no asumir las responsabilidades correlativas?” “En respuesta a esta interrogante”, escribe Wilson, “el Presidente Roosevelt propuso en su Mensaje de diciembre de 1902 su teoría del ‘gran Garrote’, de la necesidad de Estados Unidos de ejercer la función de policía internacional sobre aquellos de sus vecinos cuya seguridad bajo la Doctrina Monroe se había vuelto impunidad”. “Pero para Mr. Roosevelt”, añade, “no era atractivo mantener por largo tiempo sus ideas en la forma cristalina de la teoría, sino más que todo, acelerar su solución mediante la acción”.<sup>11</sup>

Si la ocupación francesa de México se resuelve “con la concentración de tropas norteamericanas en la frontera mexicana”, si la política anti-neutralista de la Doctrina

<sup>10</sup> Woodrow Wilson, *A History of the American People*, tomo v., Harper & Brothers Publishers, Nueva York y Londres, 1901, 1902, pp. 247-248 y 264-267.

<sup>11</sup> Woodrow Wilson, *Division and Reunion*, *op. cit.*, pp. 351-352.

Monroe en Panamá permite visualizar, con el repliegue inglés, su “soberanía práctica en el continente americano”, si el Senado es abatido, con Roosevelt en 1907 habrán de desvanecerse finalmente, según Wilson, “los miedos y la alienación de las simpatías de nuestros vecinos”. “Quizás el más importante evento singular en la historia del Derecho Internacional”, la segunda Conferencia de La Haya vuelve a los representantes de Estados Unidos paladines de la idea formulada por el Señor (Luis) Drago, ministro del exterior argentino, de que los Estados acreedores deben proceder por la fuerza contra sus deudores sólo como último recurso. Sin una interpretación fiel de Drago, Wilson resume que, “así, Estados Unidos logró dos objetivos: promovió grandemente la causa del arbitraje internacional y mitigó las sensibilidades latinoamericanas”. “Además”, agrega, “una gran negociación fue efectuada en la promoción del último propósito a través de la gira del Secretario (Elihu) Root a lo largo de Sudamérica en 1906”. “En tanto la idea de una policía internacional no ha sido enteramente retirada del horizonte de nuestra diplomacia, se inclina ahora a tomar la forma de un acuerdo entre Estados Unidos y los Estados latinoamericanos más importantes para la garantía de la paz y el orden en los Estados menores”. “Este es el propósito”, concluye, “del reciente pacto entre los Estados de América Central, de los cuales Estados Unidos y México constituyen co-garantes”.

La buena voluntad hacia México se disuelve empero durante los agitados años que llevarán, con celeridad, a Woodrow Wilson a la Presidencia en 1912. Sin abordar ese tema, la carrera académica de Wilson lo conduce a obtener el doctorado en Ciencia Política por la Universidad Johns Hopkins al tiempo que ocupa la cátedra de Historia y Economía Política en el Colegio Bryn Mawr y en la Wesleyan entre 1885 y 1890. Profesor y casi inmediato rector en Princeton en 1902, su conservadurismo sufre allí descalabros administrativos que limitan su obra sistemática a la redacción en 1908 de su *Constitutional Government in the United States* y a inclinar casi en sentido contrario el equilibrio político del ejecutivo y el Congreso. No sin dejar de presagiar la era de los Hombres Fuertes, el ejecutivo ocupa más y más, en la medida de la conflictividad y el armamentismo europeos, “el espacio vital de la acción”. “Cada generación, como lo dijo Burke”, secunda Wilson el viraje del sentido último de los conceptos generacionales básicos, “coloca ante ella algún objetivo favorito que persigue como la verdadera sustancia de su libertad y felicidad”. “Los ideales de libertad”, vuelve explícito Wilson el nuevo contexto de la historia norteamericana, “no pueden ser fijados de generación en generación; sólo su concepción puede ser la alargada imagen de lo que es”. “La libertad fijada en una ley inalterable no sería para nada libertad”, reitera sus viejos esquemas. “El gobierno es una parte de la vida”, repite, “y, con la vida, debe cambiar, tanto en sus objetivos como en sus prácticas; solamente este principio debe permanecer inalterado —este principio de libertad, que debe constituir el derecho y la oportunidad más libres de ajuste”. “La vigilancia de la opinión

inteligentemente dirigida”, asentará, “es sin duda el mismísimo terreno de la libertad, y todas las instituciones ilustradas están destinadas a sustentarla”.<sup>12</sup>

Para ello, entre otras facultades, “uno de los mayores poderes del Presidente, muy absoluto, es el de las relaciones exteriores de la nación”. “La iniciativa en las relaciones exteriores, que el Presidente detenta sin la menor restricción”, afirma “es virtualmente el poder de controlarlas absolutamente”. “El Presidente”, especifica empero Wilson, “no puede concluir un tratado con una potencia extranjera sin el consentimiento del Senado, pero puede orientar cada paso por la diplomacia; y guiarse por la diplomacia significa determinar qué tratados deben celebrarse para mantener la fe y el prestigio del gobierno. El Presidente no necesita revelar ningún paso de la negociación hasta que esté completa, y cuando está completa en cualquier asunto crucial el gobierno está virtualmente comprometido”. “Cualquiera que sea su aversión”, sentencia Wilson, “el Senado puede también sentirse comprometido”. Contorno del Hombre Fuerte, ¿y del Hombre Débil?, Wilson sabe que “el día de ningún otro hombre está tan atestado como el suyo, tan lleno de responsabilidades que por igual la inteligencia fiscal y la conciencia exigen una inagotable vitalidad”. “La simple tarea de hacer nombramientos de funcionarios que la Constitución impone al Presidente”, prosigue Wilson, “ha llegado cerca de quebrantar a algunos de nuestros Presidentes”. “Y, en la proporción en que el Presidente se arriesga a usar su oportunidad de orientar la opinión y actuar como vocero del pueblo en asuntos del pueblo”, acusa, “se inserta en una tendencia proclive al agotamiento para atender todo problema, grande o insignificante”. “Los hombres de físico ordinario y discreción no pueden ser Presidentes, y vivir, si la tensión no es aliviada de alguna manera”, postula. “Estaremos siempre obligados a escoger nuestros principales magistrados de entre los atletas sabios y prudentes —una clase pequeña”, parece postularse Woodrow Wilson a sí mismo.<sup>13</sup>

### Las sinuosidades de la práctica política y diplomática

Son esos, en efecto, los días en que Wilson se acerca a la política democrática de Nueva Jersey e, inducido por el *manager* político George Harvey y los favorables artículos en la prensa de Joseph Pulitzer, en septiembre de 1910 es electo gobernador a finales del año. Y 1911 es el año en que llama la atención para la presidencia de

<sup>12</sup> *Constitutional Government in the United States* (1908), Transaction Publishers, New Brunswick, Nueva Jersey, 2006, pp. 4-5 y 23.

<sup>13</sup> *Ibidem*, pp. 70-74, y Henry Wilkinson Bragdon, *Woodrow Wilson. The Academic Years*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1967, pp. 347-348 y 477.

Edward Mandell House, financiero, petrolero y latifundista texano, aficionado y novelista anónimo de la administración científica en boga desde principios del siglo xx. “No es el hombre más grande que yo haya conocido”, escribe House a su cuñado Sidney Mezes, rector de la Universidad de Texas, pero es un hombre atrayente y yo operaría mejor con él que con cualquier otro prospecto de candidato que he visto”. Paladín del “hombre común”, personaje de “mente abierta”, House no deja de advertir en Wilson la hostilidad que despierta su candidatura presidencial en los círculos financieros. “Me dijo”, escribe House al populista y aspirante dos veces derrotado William Jennings Bryan, al citar una conversación con Harvey, “que (John Pierpont) Morgan era particularmente virulento en su oposición al Gobernador Wilson”. “Le pregunté”, prosigue la carta, “sobre qué se basaba, y me mencionó cierta observación que el Gobernador Wilson había hecho en presencia de Morgan relacionada con los métodos de los banqueros y que Morgan tomó como una referencia personal”. ¿Wilson radical, anti-capitalista? “Me dijo”, continúa House, “que él (Harvey) creía que cualquier suma de dinero que fuera necesaria para derrotar al Gobernador Wilson podrá ser rápidamente obtenida”. “Vamos a tratar de discurrir algún plan mediante el cual podamos utilizar esta oposición de Wall Street al Gobernador Wilson en ventaja suya”, sugiere House. “Si el país sabe acerca de su determinación de derrotarlo mediante el libre empleo del dinero”, se dibuja la idea ahora de House, “estoy seguro que el pueblo hará el resto”.<sup>14</sup>

¿Por qué urge House a Bryan a polarizar y reducir casi al punto de conflicto de clase los términos de la contienda electoral de 1912? “Si Usted puede hacer algunas sugerencias respecto a la mejor táctica para confrontar el ataque de Wall Street”, termina el peculiar millonario House su misiva, “lo apreciaría grandemente”. Pero no es ésta una lucha de clases dominantes a punto de romper el *establishment*: por más que Wilson adopte un vocabulario a la Bryan y se defina como “cruzado de la democracia”, sus nociones claves del capital y el trabajo y los “privilegios especiales” lleven el sello anacrónico del populismo, resultarán eficaces cuando el Partido Republicano se divide en los bandos de Roosevelt y Taft, y aparece en el escenario la primera y última participación turbadora del socialismo. En cuanto a Wall Street y las grandes corporaciones, el lenguaje de Wilson es discreto y ambiguo, también eficaz. “Estoy por los grandes negocios”, afirma en su texto de campaña, *La nueva libertad*, “y estoy en contra de los *trusts*”. “Ante cada hombre que puede sobrevivir con su cerebro, ante cada hombre que pueda sacar de los negocios a los demás haciendo su producto más barato para el consumidor, al mismo tiempo que incrementa su valor y calidad intrínsecos, me quito el sombrero y digo: Sois el hombre que puede edificar a Estados

<sup>14</sup> Edward M. House, *The Intimate Papers of Colonel House*, antología de Charles Seymour, Houghton Mifflin Company, Boston y Nueva York, pp. 46-51.

Unidos, y quisiera que hubieran más de vuestra clase”. Ahora que, sólo por su supremacía crediticia y sin la menor distinción estructural, cualitativa, Wilson afirma que “no habrá más como ese hombre, a menos que encontremos alguna forma de impedir el monopolio”. *Trusts* y “grandes negocios”: entre su fantasmal rango monopólico se libra la gran batalla corporativa y la gran simpatía wilsoniana que en última instancia parece solucionar el mercado.<sup>15</sup>

De frente a los republicanos, sean los seguidores de Roosevelt o de Taft, la incriminación de Wilson no se limita a su concepción “de la Presidencia de los Estados Unidos como la presidencia de una *board of directors*”. Por ello dejará de ver como un mito la investigación congressional del *money trust*, o “lo más propiamente llamado *credit trust*”: generador de hambrunas financieras, “he visto a hombres aplastados por él; he visto hombres que, según ellos mismos lo expresan, fueron echados ‘fuera de los negocios por Wall Street’, porque Wall Street los encontró inconvenientes y no deseaba su competencia”. “Si tenéis al mercado en vuestras manos”, declara Wilson, “y creéis entender el interés del país mejor que cualquier otra persona, ¿resulta patriótico que las cosas sigan igual?”. “La organización de los negocios”, plantea Wilson en forma de síntesis, “se ha vuelto más centralizada, vastamente más centralizada, que la organización política del país mismo”. “Las Corporaciones”, asienta, “han llegado a cubrir áreas más grandes que los Estados; han llegado a convivir bajo una variedad más grande de leyes que los mismos ciudadanos, han sobrepasado a los Estados en sus presupuestos y descollado mucho más que comunidades enteras en su influencia sobre las vidas y fortunas de comunidades completas de hombres”. En cuanto al consenso de quienes se avienen a su dominio, Wilson no duda en señalar que “ellos están tan indoctrinados con la idea de que sólo los intereses de los grandes negocios en este país entienden a Estados Unidos, y pueden hacerlo próspero, que no pueden divorciar sus pensamientos de esa obsesión”. “Ellos”, continúa, “han puesto al gobierno en las manos de fideicomisarios (*trustees*), y Mr. Taft y Mr. Roosevelt fueron los candidatos rivales para presidir la *board of trustees*”. Ahora que, si la sujeción y humanización de las grandes combinaciones de capital es totalmente descartable bajo el contexto republicano, la orientación liberal e internacional de los demócratas se presta, en las conclusiones de Wilson, a recuperar “un proceso de alivio, emancipación e inspiración, cargado de un hálito de vida tan fragante y saludable como el que henchía el velamen de las carabelas de Colón y concedía la promesa y la pasión de la magnífica Oportunidad que América no se atreve a malograr”.<sup>16</sup>

No habrá, sin embargo, contradicción alguna entre el Wilson reformista

<sup>15</sup> Woodrow Wilson, *The New Freedom. A Call for the Emancipation of the Generous Energies of People* (1913), Doubledy, Page & Company, Garden City, Nueva York y Toronto, 1921, pp. 180-181.

<sup>16</sup> *Ibidem*, pp. 187-188, 199-200, 213 y 294.

—progresista— y el Wilson menos dulzamente imperialista que inicia sus pasos internacionales con “la deplorable postura de los asuntos en México”. Porque queda en él la esperanza de inculcar en los señores del gran capital del país un cierto y benéfico espíritu de estadistas, también en él permanece la idea del “cumplimiento de las obligaciones de México como amigo y vecino y hacia los ciudadanos americanos cuyas vidas e intereses vitales son diariamente afectados por las condiciones de zozobra que ahora sufren más allá de nuestra frontera al sur”. Con ello, los buenos deseos de “paz y progreso” para México se intercalan con la protección a las inversiones privadas y, no menos, con las pertinentes consideraciones geopolíticas. “México”, pronuncia Woodrow Wilson a finales de agosto de 1913, “se halla en el extremo donde están puestos todos los ojos del mundo”. “América Central”, especifica, “está a punto de aproximarse a las grandes rutas del comercio y el intercambio mundiales que corren de un océano al otro océano a través del Istmo (de Panamá)”. “El futuro”, prosigue, “guarda mucho en reserva para México, al igual que para todos los Estados de América Central; pero los mayores dones pueden darse para México si está preparado y libre para recibirlos y disfrutarlos honorablemente”. “Nuestra reciente incursión contra los bandidos en el territorio mexicano”, dirá empero en septiembre de 1916 un Wilson que busca la reelección, “no violó el principio de ser tratado como cualquier Estado, grande o pequeño”. Han transcurrido tres años y los sabios consejos constitucionalistas se tornan en intervención: “nos aventuramos en el territorio mexicano solamente porque no había fuerzas militares en México que pudieran proteger nuestra frontera del ataque hostil y a nuestro propio pueblo de la violencia, y no hemos cometido allí ningún acto de hostilidad o interferencia incluso con la autoridad soberana de la misma República de México”. “Se trató de un simple caso de violación de nuestra soberanía”, abrevia Wilson, “el cual no podía esperar ser reivindicado mediante las acciones de armas, y para el cual no había otro remedio”.<sup>17</sup>

No sin ambigüedad, el estilo beligerante con el que Wilson defiende los “derechos de propiedad” en el México de 1916 contrasta con el optimismo al referirse a la observancia interna de los ideales de “justicia social” de su Nueva Libertad, a la elasticidad monetaria del Acta de la Reserva Federal, a la “recreación de la Marina mercante americana”, a la “verdadera emancipación” del trabajo de la condición de “mero artículo de mercado”, al gradual aseguramiento del lugar apropiado en los mercados del mundo, a la construcción de caminos, a la neutralidad ante la guerra europea y al desarrollo de los recursos naturales, entre otros logros de control y regulación. “Las

<sup>17</sup> Véase Woodrow Wilson, “Special message on Mexico”, 27 de agosto de 1913 en *The Messages and Papers of Woodrow Wilson*, p. 19, y “Address accepting renomination”, 2 de septiembre de 1916 en *The Political Thought of Woodrow Wilson*, *op. cit.*, pp. 257-258.

demás naciones de América desconfían de nosotros”, admite de plano Wilson, “porque encontraron que nosotros pensamos primeramente en los beneficios de los inversionistas americanos y sólo como idea tardía en la justicia imparcial y la amistad servicial”. “Su política”, añade sobre los latinoamericanos, “fue provinciana en todos los aspectos; sus propósitos en nada armonizaban con el carácter y el propósito del pueblo y con el desenvolvimiento oportuno de los intereses de la nación”. “Avistemos primero”, agrega, “lo que será necesario para que las naciones del mundo habrán de hacer para que los días por venir sean tolerables y adecuados para vivir y trabajar en ellos; y, entonces, vislumbremos nuestra parte en lo que seguirá y en nuestros deber de prepararnos”. “Debe darse una paz justa y ordenada”, anticipa Wilson su futura misión, “y nosotros aquí, en América, deberemos contribuir con la fuerza rotunda de nuestro entusiasmo y nuestra autoridad como nación en la organización de esa fuerza para crear fundamentos de alcance mundial que no logren sacudirse fácilmente”. Más allá del “provincianismo tradicional”, dirá, “hemos de desempeñar un papel principal en el drama mundial, lo queramos o no”. “Prestaremos, no pediremos prestado”, da una clave en tiempo presente, “actuaremos para nosotros mismos, no imitaremos o seguiremos; organizaremos e iniciaremos, no atisbaremos con disimulo meramente para ver dónde nos permitirán quedarnos”.<sup>18</sup>

“Estamos justamente empezando a hacer, sistemática y científicamente”, pronunciaba ya Wilson a principios de 1915 ante la Cámara de Comercio de Estados Unidos y ante una Europa en guerra, “lo que debimos hacer hace largo tiempo: emplear al gobierno para examinar el mundo para que el comercio americano sea guiado”. “Hay ahora un déficit alimentario en el mundo”, anuncia. “Esa carestía será mucho más seria en unos cuantos meses más de lo que es ahora”. “Es necesario”, insistirá, “que plantemos en un grado mucho más vasto; es necesario que nuestras tierras produzcan más por acre de lo que hoy producen; es necesario que no haya un arado o una pala ociosos en este país si el mundo ha de ser alimentado”. “Y los métodos de los granjeros deberán avanzar con base en la información científica de los departamentos estatales de agricultura”, establece, “y de la raíz central de todos ellos, el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos”. “El objeto y el uso de ese Departamento”, indica, “es informar a los hombres acerca de los últimos desarrollos y descubrimientos de la ciencia en relación a todos los procesos mediante los cuales los terrenos puedan lograr su uso apropiado y aumentar su fertilidad de manera mucho mayor”. A un lado también los impedimentos reformistas al comercio exterior: “hay algunas corporaciones y algunas firmas por lo que sé”, serena Wilson a su audiencia, “cuyos negocios son lo suficientemente grandes y cuyos recursos son bastante

<sup>18</sup> *Ibidem*, “Address”, esp. pp. 261-263.

enormes para permitirles establecer agencias en países extranjeros, para permitirles extender los créditos de largo plazo que algunas veces son necesarios para mantener el crédito que desean”. “Sus negocios”, admite Wilson, “no han crecido lo suficiente para permitirles establecer agencias de ventas”. “La comisión mercantil de exportaciones”, interpone aquí un pertinente quizás, “quizás imponga aquí un impuesto moderadamente alto para crear medios competitivos aprovechables para conducir y extender sus negocios”.<sup>19</sup>

“Considero que toda la nación está convencida de que debemos prepararnos no para la guerra sino para la paz, para la defensa”, pregona Wilson desde la Casa Blanca a los asesores civiles de la Marina a finales del año, “y muy adecuadamente preparados, y que la preparación para la defensa no es meramente una cuestión técnica, no es una cuestión que la Armada y la Marina puedan preocuparse solamente de ella, sino una cuestión en la cual debemos contar con la cooperación de los mejores cerebros y la inteligencia del país, tanto fuera del servicio oficial del gobierno como dentro de él”. “Por mi parte”, agregaba, “siento que es únicamente el espíritu de una verdadera democracia el que nos une para prestar esa ayuda voluntaria, esa especie de ayuda que deriva del interés, de un conocimiento de las variadas circunstancias que implica ordenar una nación”. “Algunos demócratas”, afirma medio año después ante los comerciantes, “han notado que la inclinación a suponer que sólo algunas personas entienden el negocio de América (en la guerra mundial), tiende a convertirse en la presunción de que el número de personas que entendían ese negocio era sumamente pequeño, y que solamente había ciertos grupos y asociaciones de caballeros que estaban capacitados para ser los fideicomisarios del negocio para el resto de nosotros”. “Nunca he suscrito, en ninguna ocupación, la teoría del fideicomiso (*trustee theory*)”, reitera Wilson. “Siempre me he inclinado a creer que los negocios del mundo”, indica, “eran mejor entendidos por aquellos hombres que no se hallaban exclusivamente en la lucha por la conservación sino en la lucha por el éxito”. “Quien conoce la reciedumbre de la corriente es el hombre que nada contra ella, no el que flota con ella”, axiomatiza. Democracia de los negocios, alentada por la guerra: la invitación de Wilson se extiende para los que se adaptan al desenvolvimiento vertiginoso, década a década, de los negocios, y no, sin más, a los capitanes de industria complacidos ya con “el crédito abundante y el control del crédito”.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> Woodrow Wilson, “Address before the United States Chamber of Commerce”, 3 de febrero de 1915.

<sup>20</sup> Woodrow Wilson, “Address to the Civilian Advisory Board of the Navy”, The White House, 6 de octubre de 1916, y “Address at Salesmanship Congress”, Detroit, 10 de julio de 1916 en *Selected Address and Public Papers*, ed. e introd. de Albert Bushnell Hart, Boni and Liveright, Inc., Nueva York, 1918, pp. 93-94 y 132-133.

¿A quiénes alude, entonces, la proclama wilsoniana de la democracia de los negocios fusionada con la guerra europea? Desde luego, no a los industriales y los financieros mismos. La universidad norteamericana está preparada en ese momento para proporcionar cuadros académicos encabezados por la aristocracia pragmática de Harvard o Yale y competentes para generar un consenso “objetivo e imparcial” en torno al conflicto armado, y lograrlo mediante el debate filosófico y político que procura apartarlo, en lo posible, de los terrenos de la inmediatez y la especulación. Willard Straight, financiero y aventurero en Asia, patrocina, bajo la dirección del brillante Herbert Croly, la publicación de *The New Republic*, y agrupa a su alrededor a la nueva *intelligentsia* liberal que reúne personajes diferentes entre sí, si bien afines en el ideal único de reconstrucción que se avecina. Por allí desfilan figuras de la talla de John Dewey, Walter Lippmann, Walter Weyl, Charles Beard, John Maynard Keynes y aún Thorstein Veblen y toda una cohorte intelectual cuyas inquietudes individuales pueden empero prestarse al desconcierto de sus lectores. De aquí que el otro multimillonario, Edward Mandell House, se interese, bajo la óptica cercana al poder industrial de la *scientific administration* que “nada deja al azar”, en acudir, diferenciado de aquél, al experto. Dispuesto desde 1915 para bosquejar lo que será el Tratado de Versalles, House arma a partir de entonces el rompecabezas aparentemente espontáneo de ajustes entre Estados beligerantes a imagen y semejanza de las convenciones políticas que, en Estados Unidos, acaban formando, por la vía de la organización de las delegaciones, “una plataforma semejante a un mosaico”. “Para obtener el material apropiado y preparar una discusión inteligente de las cuestiones que podrían surgir antes de la conferencia de la paz”, anota House su estipulación básica, “deseo ver algunas de las mejores inteligencias de Inglaterra como sujetos particulares”.<sup>21</sup>

“Advertiréis”, divulga Woodrow Wilson a la Federación Americana del Trabajo una vez declarada la guerra, “que he enviado a un amigo mío, el Coronel House, quien es un gran amante de la paz como cualquier hombre en el mundo; pero no lo envié en una misión de paz”. “Lo envié para tomar parte en una conferencia sobre cómo la guerra ha de ser ganada”, añade. “Y él sabe, como yo lo sé, que ese es el camino para obtener la paz si la queréis por más de unos cuantos minutos”. “Los amos militares bajo los cuales Alemania está desangrándose”, explicaba Wilson unos cuantos meses antes su estrategia de negarse a toda paz, “ven con toda claridad hasta punto los ha llevado el Destino”. “Si ellos se repliegan o son forzados a replegarse una pulgada”, señala Wilson a mediados de 1917, “su poder tanto al exterior como al interior caerá en piezas como una baraja de naipes”. “Están pensando en su poder

<sup>21</sup> Edward Mandell House, “Apuntes del 30 de abril de 1915” en *The Intimate Papers of Colonel House*, *op. cit.*, pp. 427-428.

interno más que en su poder al exterior”, sentenciaba. “Ese es el poder que se halla temblando bajo sus mismísimos pies, y un miedo profundo se ha instalado en sus corazones”, seguía el diagnóstico. “No cuentan con ninguna oportunidad para perpetuar su poder militar, o incluso para controlar su influencia política”, hacía notar Wilson. “Si pueden asegurar la paz ahora, con las inmensas ventajas aún en sus manos que al parecer han obtenido hasta ahora”, afirmaba, “se justificarán ellos mismos ante el pueblo alemán; habrán ganado mediante la fuerza lo que prometieron ganar mediante ella —una inmensa expansión del poderío alemán, una inmensa ampliación de las oportunidades industriales y comerciales alemanas”. “Si ellos lo logran”, dictamina aquí Wilson, “estarán seguros en Alemania y el mundo estará en ruinas; si fracasa, Alemania estará salvada y el mundo estará en paz”. “Si lo logran”, advierte, “América quedará dentro de la amenaza”. “Nosotros y todo el resto del mundo”, previene, “debemos permanecer armados como ellos permanecerán y debemos prepararnos para el siguiente escalamiento de su agresión; si fracasan, el mundo puede unirse para la paz y Alemania puede pertenecer a la unión”.<sup>22</sup>

La negativa inmediata de la paz será convincente para el mundo norteamericano de los negocios y las finanzas, más aún cuando Woodrow Wilson encomia, no sin doblez, a los hombres de ciencia alemanes que han prestigiado en los mercados del mundo la marca “*Made in Germany*”. Su “efectiva y casi irresistible competencia” se suma a los argumentos para aceptar el generoso apotegma de que “el patriotismo deja las ganancias fuera del asunto” y que se adopten con sabiduría y fuerza las medidas para que “la guerra no sea un fracaso”. “Si somos verdaderos amigos de la libertad —la nuestra o la de cualquier otro—”, dirá Wilson por su parte a los trabajadores, “veremos que el poder de este país y la productividad de este país han ascendido a su máximo absoluto y que absolutamente a nadie le está permitido oponerse en su camino”. Cuando el capital y el trabajo funcionan con la mística de estadista de Samuel Gompers, es posible anunciar que “nuestro deber, si hemos de cumplir este gran objetivo y mostrar que América es lo que creemos que es, la más grande esperanza y energía en el mundo, entonces debemos mantenernos juntos día y noche hasta que el trabajo esté terminado”. Quedan, es cierto, disidencias adentro y afuera que afligen al Wilson que ve desplegarse en el país “el espíritu de turbamulta” (*mob spirit*): “hay algunas organizaciones en este país cuyo objeto es la anarquía y la destrucción de la ley”. “Si nuestros hombres carecen de control propio”, censura Wilson en nombre del derecho y las instituciones, “no son capaces por lo tanto de la gran tarea que llamamos gobierno democrático”. Ello vale, fuera del país, para “los maestros de la

<sup>22</sup> Woodrow Wilson, “Labor must bear its part”, 12 de noviembre de 1917; y “Flag-Day address”, 14 de junio de 1917 en *In Our First Year of War. Messages and Addresses to the Congress and the People, March 5, 1917, to January 8, 1918*, Harper & Brothers Publishers, Nueva York y Londres, pp. 105 y 71-72.

intriga alemana que descarrían al pueblo de Rusia y a los pueblos de cualquier otro país en el que sus agentes puedan penetrar, para que una paz prematura pueda establecerse antes de que la autocracia haya sido enseñada en la lección final y convincente, y puestos los pueblos del mundo en control de sus propios destinos”.<sup>23</sup>

A Rusia, habrá de aconsejar Wilson a mediados de 1917 que “los pueblos libres del mundo deben redactar juntos algún convenio (*covenant*), alguna cooperación genuina y práctica que combinará en sustancia su fuerza para asegurar la paz y la justicia en los tratos de unas naciones con otras”. “La hermandad de la humanidad”, añade a los revoltosos rusos, “no debe ser ya más una bella pero vacía frase; debe dársele una estructura de fuerza y realidad”. Ante los maestros alemanes de la intriga militar que “llenan nuestras desprevenidas comunidades de malignos espías y conspiradores que buscan ávidamente corromper la opinión de nuestro pueblo en su favor” no basta con la censura periodística y la represión del Departamento de Justicia: deberá denunciarse “la intriga por la paz” que Alemania plantea bajo sus propios términos, y que también seduce a México y Japón. De aquí la pertinencia de la invocación del Coronel House de reunir a las mejores y más brillantes inteligencias para crear la paz científica del mundo, idea compartida estrechamente con Wilson y su nuevo ajuste contractual, empresarial, de la posguerra. “En tu carta del 2 de septiembre”, escribe House a Wilson a más de un año previo a la firma de la paz, “mencionas algunas de las cosas que he tenido en mente por un largo tiempo y acerca de las cuales me propongo charlar contigo en mi primera visita a Washington”. “He tratado de hacer de manera quieta y no muy eficiente lo que me has sugerido querer que haga sistemática y concienzudamente”. “Estaré encantado de acometer esa tarea y me dedicaré a ella cuanto antes”. “(Felix) Frankfurter ha estado aquí, y varios más interesados en el tema”, asienta, “y no habrá dificultad en conjuntar un grupo que será capaz de obtener los datos y la información que desees”. “A sugerencia mía, Buckler ha estado informando por su cuenta de la situación de los Balcanes, pero ha tenido la desventaja de trabajar únicamente en Londres”. “¿Qué piensas”, inquiriere, “de poner un hombre a cargo de los problemas más complicados y, si fuera necesario, enviarlos a Europa?”.<sup>24</sup>

<sup>23</sup> Woodrow Wilson, “Labor must bear its part”, *op. cit.*, y “Address to Congress”, 4 de diciembre de 1917 en *Our First Year of War. Messages and Addresses to the Congress and the People, March 5, 1917, to January 8, 1918*, pp. 101, 108-110 y 115-116.

<sup>24</sup> Woodrow Wilson, “Message to the provisional government of Rusia”, 26 de mayo de 1917 en *War Addresses of Woodrow Wilson*, introd. y notas de Arthur Roy Leonard, Ginn and Company, Boston *et al.*, pp. 49-50; y Carta de Edward Mandell House a Woodrow Wilson, 4 de septiembre de 1917, citado en Lawrence E. Gelfand, *The Inquiry. American Preparations for Peace, 1917-1919*, Yale University Press, New Haven y Londres, p. 28.

## Al fin, la ciencia –y sus infortunios

“Nada me ha complacido nunca antes, o me ha llegado como sorpresa más grata”, escribe y acepta a House la joven eminencia harvardiana Walter Lippmann al responder a la invitación de incorporarse como Secretario al cuerpo de expertos que llegan al Departamento de Estado para preparar la Conferencia de la Paz. “La obra que delineáis es exactamente la que yo había soñado como algo más allá de ser alcanzada”, agrega. “Literalmente”, prosigue, “preferiría conectarme con Usted en este trabajo sin importarme en qué capacidad que hacer otra cosa que haya de hacerse en el mundo”. Bajo la dirección del Doctor Sidney Mezes, cuñado de House, y la inteligencia ejecutiva de Isaiah Bowman, director de la Sociedad Geográfica Americana, *The Inquiry* emprende actividades no del todo decisivas para el propio Secretario de Estado. Robert Lansing. Si, para éste, la labor del grupo estriba en “recolectar datos y preparar monografías, planos y mapas que cubran todos los temas históricos, territoriales, económicos y legales que podrían probablemente surgir en las negociaciones del tratado de paz”, para el joven Lippmann, la exploración responde al conflicto que vuelve más complejos los problemas políticos, económicos y sociales al interior, y al exterior implica dirigir la desmovilización militar, las deudas de guerra, la transformación de la industria, la política de inmigración, las revueltas sociales, los intereses desatados, los aranceles y, en fin, toda una realidad que reclama el concurso de los negocios, la ingeniería, la ciencia y las organizaciones agrícolas y laborales. “Necesitaríamos”, escribe Lippmann a House, “una fuerza mayor de oficina central, seis u ocho hombres más para dirigir la investigación y de veinticinco a cincuenta mil dólares para cubrir el pago de los especialistas, sus asistentes administrativos, y gastos”.<sup>25</sup>

“Ahora que se ha concebido su esqueleto organizativo, informa críticamente Lippmann a House a finales de 1917, “sería bueno examinar el contexto de *The Inquiry*”. “Dentro de toda probabilidad humana”, previene a House, “la guerra no será en cualquier momento repentinamente terminada en paz”. “La desmovilización no precederá a la conferencia de la paz”, escribe Lippmann. “Ni siquiera es probable que las hostilidades cesen durante las primeras etapas de la discusión”. Allí, en plena contradicción con su temprano entusiasmo socialista, previene sobre ese enemigo que lo mismo “modera” las pretensiones alemanas que secunda la paz sin despojos planteada por el Papa Benedicto xv o la reducción del “espíritu de guerra” de Rusia y su cisma de los aliados occidentales. “Debe notarse”, indica Lippmann, “que existe

<sup>25</sup> Cartas de Walter Lippmann a Edward M. House, 24 de septiembre de 1917 y 19 de diciembre de 1917 en John Morton Blum (ed.), *Public Philosopher. Selected Letters of Walter Lippmann*, Ticknor & Fields, Nueva York, 1985, pp. 72 y 79-80.

un movimiento paralelo en Europa Central” y que “cada movimiento por seducir a la Izquierda entre los Aliados implica un recio tirón sobre la derecha en Alemania”. “En las naciones enemigas y amigas”, prosigue su Memorándum a House, “hay en este tiempo una fiera lucha política ni siquiera encubierta”. “Las divergencias de propósitos en la coalición”, añade Lippmann otro factor, “son sin duda la causa última de una estrategia sin coordinación”. “La lógica del absolutismo nacionalista consiste en apostar más y más a la victoria, y para incrementar el premio como el esfuerzo se requiere sacrificio”, anota. “Los Aliados Occidentales tienen bajo control a los nacionalistas absolutos, cuyo propio poder depende de la realización de ciertas grandes promesas”. “Por consiguiente”, sigue con su drástico contexto, “allí, en los círculos oficiales se ha dado una recesión de intereses en lo que puede llamarse el programa de paz perdurable, el programa en virtud del cual los trabajadores, los granjeros, los pequeños capitalistas y los intelectuales liberales de Europa Occidental y América aceptaron la guerra”. Sin unidad de estrategia, con una izquierda sinuosa, se puede esperar que “la hábil seducción” de Alemania acarree “la desunión moral seguida del gasto administrativo y la debilidad militar. “Grandes y grandes áreas del frente”, explica Lippmann, “se volverán más aletargadas, tal como los frentes de Rusia, Rumania, Macedonia, el Cáucaso están ahora, y el de Italia puede muy posiblemente se vuelva”.<sup>26</sup>

En lo tocante a las grandes potencias, el realista y medianamente optimista Lippmann advierte del divorcio entre una diplomacia ejercida por las clases gobernantes en claro distanciamiento de “las masas del pueblo, que raras veces reaccionan ante objetos distantes”: “la guerra es una carga impuesta a las masas para pagar por la situación creada por la diplomacia”. “Los hombres no morirán ni sufrirán hambre y congelación”, manifiesta Lippmann en otro Memorándum a House, “por las cosas que la diplomacia ortodoxa considera más preciosas”. “Ningún gobierno”, afirma, “se atreve a ir a su pueblo con una abierta declaración de sus viejos propósitos diplomáticos: ellos son desproporcionados con la agonía de la guerra”. “La exposición pública de los objetivos de la guerra”, salta Wilson a la buena nueva que los Estados Unidos deparan a la humanidad, “marca el colapso del sistema histórico de diplomacia”. “Como prueba de esto”, proclama contra toda diplomacia secreta, “es importante notar que la primera petición por semejante planteamiento procedió del Presidente Wilson, el portavoz liberal de una nación no comprometida, que el primer acto de la Rusia revolucionaria fue casi el de insistir en él, que en Inglaterra y Francia, e incluso en Alemania y Rusia, han sido los socialistas y los intelectuales radicales quienes lo han demandado”. “Y, opuestamente, son los gobiernos imperialistas los

<sup>26</sup> Walter Lippmann, “Memorándum a Edward M. House” en John Morton Blum (ed.), *op. cit.*, diciembre 1917, pp. 81-83.

que se resisten ahora”. “En la medida en que el equilibrio del poder se mueve hacia la izquierda”, redondea Lippmann su idea, “cambia la configuración de los asuntos internacionales”. “Los alineamientos de la conferencia, el orden relativo de la problemática discutida, dependerá del grado en el cual el poder político ha pasado a los sindicatos y las clases medias bajas, lejos de los grandes negocios y las clases gobernantes”, prepara un giro a la diplomacia de los negocios. “En tanto esto no puede ser determinado ahora, la única manera de anticipar la situación es comenzar con los conceptos diplomáticos de las grandes potencias y estimar cuáles de ellos serán aplacados y enmendados mediante la presión democrática”.<sup>27</sup>

“De acuerdo a su sugerencia de esta mañana”, notifica Lippmann a House al acercarse más el fin de la guerra, “estoy ordenando tan brevemente como sea posible unas cuantas de las razones por las cuales nuestro gobierno debe ahora crear una comisión confidencial para la planificación científica de los problemas de la reconstrucción”. Entre ellos, Lippmann hará referencia a la eventual crisis de desempleo que espera a Estados Unidos con la desmovilización de las tropas desplegadas en Francia y la transformación de las industrias de guerra en industrias de paz “sin romper la continuidad de las operaciones”. “Nuestra tregua industrial, tal como es”, indica, “terminará cuando la guerra termine, y si la desmovilización y la transformación de nuestras industrias de su base de guerra a su base de paz no es hábilmente manejada, tendremos perturbaciones laborales de primera magnitud”. Quedan, desde luego, innumerables cuestiones que requieren de “la calma y el estudio desinteresados”: el *status* de las agencias creadas por la guerra, entre ellas la War Industries Board, la reconsideración de la política migratoria, el comercio exterior, las materias primas o “el mejoramiento de nuestro sistema de educación, especialmente a lo largo de líneas técnicas y científicas”. “Me opongo denodadamente”, escribe un Lippmann congruente consigo mismo, “a encomendar el trabajo a lo que es llamado un comité representativo de personajes prominentes, es decir, a una comisión en la cual los varios intereses afectados están presuntamente representados”. “Sin duda alguna”, especifica, “antes de que cualquier acción sea adoptada sobre cualquier asunto, los representantes de los diferentes grupos deben ser consultados, si bien no pueden obtener lo que piden, en mi opinión, hasta que lo decida un equipo de expertos con simpatías liberales que haya tenido una independencia de alrededor de seis meses para explorar los diferentes temas”.<sup>28</sup>

Futuro indagador de la opinión pública, Lippmann será comisionado a principios de julio de 1918 a las fuerzas armadas y viaja a Europa como integrante de la Sección

<sup>27</sup> Walter Lippmann, “Preliminary memorandum on great powers” en John Morton Blum (ed.), *op. cit.*, diciembre 1917, pp. 84-85.

<sup>28</sup> Carta de Walter Lippmann a Edward M. House, 11 de mayo de 1918, pp. 90-93.

de Inteligencia. Al hacerlo —pero no por simpatía hacia él— y al propiciar la presencia mayor de Sidney Edward Mezes en *The Inquiry*, provoca una crisis ya latente de renuncias. A su vez, el Doctor Isaiah Bowman, al lamentar ante House la “mala influencia” y fatuidad de Lippmann, recibe lo que bien podría ser una lección sobre los usos (y desusos) de los intelectuales en tiempos de guerra. “El Coronel House”, informa en una misiva del 30 de noviembre de 1918 atribuida al geógrafo Bowman, “me contó en seguida, precisamente, por qué él mantenía a Lippmann en *The Inquiry* y me pidió guardar en secreto tanto los comentarios que él hacía y el hecho por el cual los hacía”. “Sus comentarios fueron de esta índole: dijo que la Administración tenía que cooperar con los liberales extremos del país y él no pudo pensar en nadie que tuviera tanto influencia y al mismo tiempo tan fácil de llevarse bien como Lippmann y que, por lo tanto, él lo había seleccionado para representar a los liberales”. “Además me preguntó que si yo pudiera pensar en alguien que fuera tan razonable como Lippmann, y añadió: ‘¿No piensas que él es la minoría ruidosa de ese gentío (*The Inquiry*)?’ Entonces planteó que, si Lippmann regresara, él planearía, conmigo, qué trabajo debía desempeñar, y que probablemente haría algunas cosas específicas directamente para él (el Coronel House)”, indica el supuesto Bowman. “Durante los últimos meses”, asesta el golpe definitivo, “Lippmann se metió en problemas con las autoridades militares”. “Los primeros reportes de París indican que el trabajo de propaganda organizado bajo Lippmann ha marchado bien, y esto generó una tormenta de criticismo al interior de la Sección de Inteligencia Militar...”<sup>29</sup>

“Las recomendaciones que siguen”, escribe Lippmann al margen de los juicios de su benefactor y su superior y al día siguiente de que House lo transfiera, de vuelta, a la indagación e investigación, “están basadas en la idea de que el tiempo ha llegado para que *The Inquiry* se traslade a Europa”. Ante el movimiento de delegaciones nacionales en Londres que logra “cierta objetividad” en los ajustes de posguerra sin informar sus resultados, “ha arribado empero el tiempo de que nos preguntemos si *The Inquiry* no se encuentra en peligro de volverse demasiado académica y perder el contacto con los modos europeos de pensar”. “Además”, agrega Lippmann, *The Inquiry* se acerca rápidamente a un punto en el que sus fuentes de información están exhaustas y necesitan ser reforzadas por una gran masa de información reciente, disponible sólo en Europa”. Para octubre de 1918, Lippmann, “un escritor que muestra ser un hombre práctico” a juicio del Secretario de Guerra Newton Diehl Baker, redacta ya para House un Memorándum sistemático donde define los convenios abiertos de paz, la libertad absoluta de libertad de los mares, la igualdad de las condiciones de comercio, la reducción de armamentos, la evacuación y restauración

<sup>29</sup> Escrito del 30 de noviembre de 1918 atribuido a Isaiah Bowman en *The Inquiry*, pp. 351-353.

de Bélgica, la restitución de los territorios franceses ocupados por Prusia en 1871, el reajuste de las fronteras de Italia, la autonomía de Austria-Hungría, la desocupación de Rumania, Serbia y Montenegro, la soberanía de las partes turcas del Imperio Otomano, el Estado polaco independiente y “la independencia e integridad de los Estados grandes y pequeños por igual”. En medio de sus propuestas queda, en cursivas, “la evacuación de todo el territorio ruso y un establecimiento tal de todas las cuestiones que afecten a Rusia que asegurará la mejor y más libre cooperación de las otras naciones del mundo para una oportunidad sin impedimentos y sin obstáculos para la determinación independiente de su propio desenvolvimiento político y su política nacional, y le asegure una sincera bienvenida en la sociedad de las naciones libres bajo instituciones de su propia elección; y, más que una bienvenida, asistencia de todo tipo que pueda necesitar y pueda ella misma desear”.<sup>30</sup>

“El tratamiento acordado para Rusia por sus naciones hermanas en los meses por venir”, reconoce Lippmann desde su anticipo de los Catorce Puntos, “será la prueba ácida de su buena voluntad, de la comprensión de sus necesidades distinguidas de sus propios intereses y su inteligencia y simpatía desinteresada”. Con ese tono, con Woodrow Wilson ya en Europa, Lippmann escribe al amigo renacentista Bernard Berenson cómo “la visita de Parsifal (Wilson) a este país no le ha ayudado gran cosa” y su producto impresiona negativamente a las mentes cuidadosas. Si para los republicanos la visita produce un “éxtasis de infelicidad” sobre su prestigio en el exterior, “como es su costumbre desde los días de Thomas Jefferson, el Partido Demócrata comienza anunciando su aislacionismo y su neutralidad y termina extendiendo el territorio y la influencia del país”. “Por alguna fatalidad”, ironiza Lippmann, “los republicanos hablan acerca del poder mundial y los demócratas manipulan para lograrlo”. “El mayor interés aquí, sin embargo”, prosigue informando a Berenson ese marzo de 1919, “no es para nada lo que está pasando en París”. “La gente está estremecida hasta sus botas por el Bolchevismo, y está mucho más espantada por Lenin de lo que nunca estuvo por el Káiser”, resume su inútil postulado anterior. “Parecemos la más aterrorizada partida de vencedores que el mundo hay visto jamás”, señala implícitamente al nuevo (¿e indispensable?) enemigo. “El Tratado será publicado antes de que recibas esta carta”, escribirá un mes y medio después al amigo. “Espero un compromiso a lo largo de toda la línea”, indica. “La vida ha decolorado considerablemente el blanco resplandor de los Catorce Puntos”, vuelve a ironizar. Ahora será sintético. “Con todo, tú sabes lo que hubiéramos tenido sin ellos”, parece lamentar. “Refunfuñaremos y aceptaremos el resultado por dos razones: no tener paz

<sup>30</sup> Walter Lippmann, “Carta a Edward M. House”, 26 de octubre de 1918; y “Memorándum a Edward M. House”, 28 de octubre de 1918 en John Morton Blum (ed.), *op. cit.*, pp. 95-96 y 97-105.

significa Bolchevismo en toda Europa, y no queremos eso; y la Liga de las Naciones será suficiente para edificar sobre ella si los partidos que obtengan el control en Francia y Bretaña desean utilizarla”.<sup>31</sup>

No sin un gran despliegue de expectativas, Woodrow Wilson parte a Europa el 4 de diciembre acompañado de numerosos asesores y aproximadamente 2 mil reportes levantados por los miembros de *The Inquiry* y desembarca en Francia el día 13 para ser homenajeado por su calidad humana, científica y misionera. Con un mes de retorno a Estados Unidos, Wilson podrá firmar el 10 de julio de 1919 las 264 páginas del Tratado de París y legitimar su actuación bajo la premisa de que, aún sin un plan bien concebido, el convenio se gestó en última instancia “por la mano de Dios, que nos ha guiado en nuestro camino”. La premura ante el Bolchevismo que para muchos induce tanto a la odisea liberal de Woodrow Wilson como a la participación final en el Tratado de Versalles, no despierta, empero, el convencimiento sustantivo del Departamento de Estado. “Tuve una conferencia este mediodía con el Presidente en la Casa Blanca en relación con la Conferencia de la Paz”, consigna Robert Lansing, Secretario del Departamento y notable jurista internacional, a finales de 1918. “Le dije francamente”, anota, “que yo pensaba que su plan para concurrir allí no era prudente y podría convertirse en un error”. “Le dije”, continúa Lansing, que yo me sentía apenado por comentarle acerca de la Conferencia, porque él me dejaría a mí como jefe de la delegación, y que yo esperaba que él entendiera que yo me pronunciaría solamente al borde del sentido del deber”. “Apunté”, prosigue detallando su posición, “qué él mantenía en la actualidad una posición dominante en el mundo y que yo temía que él la perdería si asistía a la conferencia con los estadistas extranjeros; que él podría prácticamente dictar los términos de la paz si se mantenía al margen; que él sería severamente criticado en este país por dejarlo en un tiempo en el cual el Congreso necesitaba su dirección; y que él mismo quedaría grandemente desorientado para dirigir los asuntos nacionales desde ultramar”.<sup>32</sup>

Será justamente el factor de la supremacía militar que Lansing evoca ese entonces una resonancia de los desplantes imperial-hegemónicos que, desde la presidencia del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, alardea el aristócrata Henry Cabot Lodge. Pero si éste pide la intervención en la guerra desde el hundimiento del *Lusitania*, será evidente que, a mediados de 1919, el poderío bélico norteamericano se ha multiplicado varias veces mediante la conjunción plena de las finanzas, la industria y la guerra llevada a cabo por el banquero Bernard Baruch. *Chairman* del Consejo de Industrias

<sup>31</sup> Walter Lippmann, cartas a Bernard Berenson del 18 de marzo y el 6 de mayo de 1919 en *ibidem*, pp. 110-111 y 114.

<sup>32</sup> Robert Lansing, “Nota del 12 de noviembre de 1918” en *The Peace Negotiations. A Personal Narrative*, by Robert Lansing, Houghton Mifflin Company, Boston y Nueva York, 1921, p. 22.

de Guerra, “clasificado por la industria creativa como un especulador”, admirador y hombre de campaña en las elecciones de Wilson. La “disciplina de la nación” con la que Baruch establece las prioridades en el principio y la acción, proyecta con él una metamorfosis tal de la industria que conlleva comisiones de compra-venta inter-aliadas, misiones en el extranjero y ejecutivos internacionales, el control del trabajo y de materiales básicos de guerra y, en suma, una descomunal movilización que compone, más que anticipar, el Complejo Industrial-Militar del futuro. Cuando llega el momento de ocupar “un único asiento delantero en la gestión industrial”, narra Newton Baker, “Baruch fue la opción personal del Presidente, que tenía una fe implícita en el ‘Doctor Hechos’ (*Doctor Facts*), como el Presidente lo llamaba”. “Por su parte”, asienta Baker, “Baruch consideraba al Presidente como el hombre más grande en el mundo”. “El tiempo ha demostrado”, prosigue, “que Baruch poseía una cierta ventaja al ser un foráneo para todos los líderes de la industria creativa, que podrían ser incapaces de unirse bajo un jefe procedente de su propio mundo”. “Otros factores favorecían su nombramiento”, indica. “Era un amigo cercano de (William) McAdoo, el dirigente de las finanzas y los ferrocarriles que estaban íntimamente conectados con la administración”. “Tenía un pronto acceso con el Presidente, que confiaba en su juicio”, describe. “En una época de abundantes fondos y espacio de poder”, precisa Baker, “Baruch tenía lo que (Daniel) Willard había buscado en vano —el poder sobre la maquinaria que Frank A. Scott había ensamblado a partir de partes muy diversas en los caóticos días tempranos de la guerra”. “El nuevo dictador”, satiriza Baker al describir los medios personales de la victoria, “era demasiado astuto para hacer cualquier cambio radical”.<sup>33</sup>

¿Por qué, si la armazón belicista norteamericana cuenta desde entonces, como asienta Lansing, con la capacidad de imponerse militarmente, el Armisticio no se dará sino después del Tratado de Versalles, en noviembre de 1919? Para el enero de ese año en que Lansing escribe, sus “diferencias radicales” con Wilson son más que evidentes. “Si el Presidente no adopta esta cuestión de adscribir sistemáticamente los temas entre nosotros”, hace notar aquél, “no podemos posiblemente tener la paz antes de junio”. “Ello sería absurdo”, añade, “porque con el orden propio y la división del trabajo deberíamos tener un tratado firmado el primero de abril”. “Siento que nosotros”, lamenta, “fuimos como una partida de hábiles trabajadores a los que se les ordena construir una casa; tenemos los materiales y la herramienta, pero no hay planes ni especificaciones ni capataz a cargo de la construcción”. “Con toda su capacidad natural”, sigue la crítica a Wilson, “al Presidente parece faltarle la capacidad de emplear un trabajo en equipo y adoptar un sistema que utilice los cerebros de otros hombres”.

<sup>33</sup> Newton D. Baker, *America at War*, ed. por Frederick Palmer, tomo II, Dodd, Mead & Company, Nueva York, 1931, pp. 201-202.

“Si el Presidente tiene un programa que no sean los principios generales y las pocas disposiciones territoriales incluidas en sus 14 Puntos y sus ‘subsecuentes discursos’”, traduce Lansing la opinión de la Comisión Americana, “la conclusión natural es que él jamás había trabajado en detalle la aplicación de sus anunciados principios o puestos en forma concreta sus acomodos territoriales que él había declarado que debían estar en los términos de la paz”. “En gran medida, ellos fueron dejados en la incertidumbre a través de las frases con las cuales fueron pronunciados”, afirma Lansing. “Difícilmente merece decirse”, prosigue, “que los 14 Puntos y los cuatro principios declarados en el discurso del 11 de febrero de 1918, constituyan un programa suficiente para los negociadores”. “El día en que el Presidente dejó París para regresar a los Estados Unidos (14 de febrero de 1919)”, acusa Lansing, “le pregunté si tenía algunas instrucciones para los Comisionados durante su ausencia... me contestó que él no tenía instrucciones que dar, que las decisiones podían esperar hasta que regresara, aun cuando las audiencias pudieran seguir adelante y los reportes pudieran hacerse durante su ausencia”.<sup>34</sup>

“La actual situación rusa”, indicaba Lansing en un Memorándum incluido en el mismo capítulo, “que es indeciblemente horrible y que parece estar más allá de la esperanza actual de mejoramiento, presenta nuevos problemas a ser resueltos en la mesa de negociaciones para la paz”. Lansing se equivoca, empero, en cuanto al escenario de paz para “resolver el problema ruso”. Ya desde marzo de 1918 Wilson se enfurecía ante el Tratado de Brest-Litovsk entre Rusia y Alemania y evaluaba, más que las posibilidades de bloqueo económico, la exclusión de Versalles o el no reconocimiento diplomático, una franca intervención militar en Arcángel y Siberia y la creación de un *cordón sanitaire* de naciones hostiles a Rusia. “Pero la lógica militar consentía otras consideraciones”, parece entenderlo Baker más templadamente, “por cuanto la Casa Blanca miraba al otro lado del Pacífico, hacia Vladivostok”. “Cuando los estadistas Aliados sondearon a Japón”, prosigue la narración de la iniciativa según Baker, “Japón aceptó prontamente la sugerencia de intervenir en Siberia”. “Lloyd George, también, estaba listo para enviar un contingente británico que acompañara la expedición japonesa”, completa el juego. “¿Debería América interponerse en el camino de un esfuerzo de sus Aliados para rescatar a los checos atrapados en Rusia?”, plantea Baker un gran pretexto intervencionista y humanista, “y asestar un golpe al enemigo común a lo largo de Rusia?”. “En ese tiempo”, juzga agudamente, “los estadistas europeos habían encontrado el talón de Aquiles de nuestro desapego de la política mundial más allá de nuestro hemisferio”. “Podríamos permanecer alejados de los intereses especiales en Bretaña, Francia e Italia en Egipto, y de Asia Menor, los Balcanes,

<sup>34</sup> Robert Lansing, *The Peace Negotiations. A Personal Narrative*, by Robert Lansing, *op. cit.*, pp. 190-191 y 201-203.

el Adriático y el Mediterráneo; pero la Puerta Abierta en China tocaba un interés especial nuestro, aun sin que fuera tanto un rasgo nacional distintivo de la Doctrina Monroe”. “Para el Presidente”, se margina un discreto Baker, “la cuestión se había convertido en alta política de Estado que, en esta instancia, no admitía la opinión del Departamento de Guerra”. “Si Japón iba a Siberia, nosotros debíamos ir”.<sup>35</sup>

Más allá de las falacias tejidas en torno a la intervención y la guerra civil desatada en los frentes occidentales y orientales del comunismo, el apoyo militar y financiero brindado por Estados Unidos a los Rusos Blancos y al Almirante Aleksandr Kolchak no dejará de tener contratiempos, reacciones y una final retirada. “Espero sinceramente, por respeto a su propia integridad y como prueba de franqueza hacia el pueblo americano”, escribía Lippmann a Baker en julio de 1919, “que el Presidente no pretenderá que la situación es más favorable de lo que realmente es”. “Una franca admisión de lo que ha tenido que comprometer, que él ha tenido que aceptar situaciones que son altamente peligrosas para la paz del mundo, será más útil para todos los interesados que cualquier pretensión de mostrar que ha logrado lo que empezaba a llevar a cabo”, agrega. “Cualquier política de su parte que pueda darle el aplauso temporal de las fuerzas reaccionarias del mundo”, insiste Lippmann, “volverá cínicos al liberalismo y al trabajo europeos”. “No acierto a esperar tampoco que el Presidente se desenredará de las intrigas intervencionistas en relación a Rusia”, razona. “Nuestra conducta en Arcángel y Siberia es uno de los episodios menos enaltecidos en nuestra historia”, acusa. “No sé con qué información cuenta para cometer las devastaciones de Rusia del norte”, pregunta a Baker, “pero yo he recibido alguna de una fuente enteramente confiable y apasionadamente favorable a la administración”. “Me doy cuenta”, reconoce, “que hemos estado actuando en toda la cuestión rusa no de acuerdo a nuestras tradiciones e instintos sino bajo compulsiones que pueden haber parecido irresistibles”. “Sin embargo”, prosigue, “temo que cuando la expedición retorne a casa habrá revelaciones del carácter más serio”. “Por encima de todo, entonces, el que todos nos hallado sentido tan inocentes como para ser tentados por un hombre como Kolchak”, señala, “me hará preguntarme si no hay una profunda verdad en el miedo instintivo del americano ordinario en cuanto a una excesiva asociación con los diplomáticos europeos”. “No tenemos ningún negocio tomando partido en una desautorizada guerra civil en Rusia”, sentencia. “No tenemos ningún negocio ni en el derecho, ni en la moral ni en la humanidad para tratar de matar de hambre a la Rusia europea en los intereses de Kolchak, (Anton) Denikin y los Finlandeses Blancos”.<sup>36</sup>

“No puedo escribir una carta amena”, escribe de nuevo Lippmann a Baker,

<sup>35</sup> Newton D. Baker, *op. cit.*, pp. 320-321.

<sup>36</sup> Walter Lippmann, “Carta a Newton D. Baker del 19 de julio de 1919” en John Morton Blum (ed.), *op. cit.*, pp. 121-122.

pasado ya el aparatoso Miedo Rojo que permite al Departamento de Justicia la represión y expulsión de los extranjeros radicales. En el escenario de “las denegaciones de justicia al mayoreo y la reacción persistente que ha caracterizado a Washington esos últimos meses”, el desilusionado Lippmann asienta que “es increíble para siempre que una administración que pregona los ideales más amplios en nuestra historia haya hecho mucho más para poner en peligro las libertades americanas fundamentales que cualquier grupo de hombres por cien años”. “Desde el tiempo de John Adams”, afirma ahora, “ningún grupo de funcionarios realizó un ataque tan determinado y tan peligroso contra las libertades constitucionales de este país como las formuladas en las feroces sentencias por ofensas políticas, en la deportación histórica y sin juicio de extranjeros no amistosos, en los encarcelamientos, en la censura aún mantenida por Mr. (Albert) Burleson y en la así llamada Acta de Sedición propugnada por el Departamento de Justicia”. “Son cosas amedrentadoras que tienen consecuencias amedrentadoras”, sintetiza. “Han instituido un reino del terror”, dice un inusitado Lippmann, “en el cual el pensamiento honesto es imposible, en el cual la moderación es desaprobación, en el cual el pánico suplanta a la razón”. Y agrega: “era el deber solemne de esta administración mitigar el miedo y restaurar la cordura; en cambio, ha hecho todo cuanto es humanamente posible por añadir nueva agitación en una comunidad sobreexcitada”. “Sé que el pánico pasará; ya es claro que el pueblo de toda América es consciente de sus brutalidades y absurdos”, vaticina Lippmann a Baker el fin de la bochornosa histeria de 1919. “Habrá una reacción contra esta reacción”. “Temo que no será moderada si esta locura se prolonga”, acepta. “No hablo de revolución; el abono de la revolución no existe hoy en América”. “De lo que hablo”, presagia, “es un huracán de demagogia por un pueblo finalmente consciente del significado de lo que ahora ocurre”. “Sólo mediante una resuelta oposición pública al desorden enmascarado de ley, por parte de hombres como Usted mismo, puede conjurarse el ajuste de cuentas”.<sup>37</sup>

Que Lippmann considere desfigurados los objetivos mayores del pacifismo norteamericano no obsta para que, en términos de poder, Estados Unidos logre un indiscutible liderazgo financiero internacional y se conviertan en los acreedores mayores tanto de las naciones derrotadas como de las potencias aliadas. El “americanismo ciento por ciento” que excluye en esa proporción al socialismo, acabará imponiéndose como “criterio natural, espontáneo” frente a las revueltas laborales y raciales y la oposición a las actas de espionaje y sedición. Al franquear en su postulación los aspectos doctrinales de los 14 Puntos y las componendas del Tratado de Versalles, por no mencionar la cruzada anti-soviética, Woodrow Wilson apunta ya a la Presidencia

<sup>37</sup> Walter Lippmann, “Carta a Newton D. Baker del 17 de enero de 1920” en *ibidem*, pp. 133-134.

Imperial que acuña luego Arthur Schlesinger, Jr. Hundidos los viejos imperios turco, alemán y austro-húngaro, sus sucesores podrán enarbolar la bandera de un “aislacionismo” político y militar que enmascara un intervencionismo económico masivo, radical, a lo largo del mundo. Con todo, y a pesar del idealismo de la paz mundial, el Secretario de Guerra Baker renueva la visión históricamente persistente del enemigo no lejano a las puertas, insumiso, primero un Japón que en el Oriente “tiene más tropas desplegadas que Estados Unidos” y, luego, menos inminente, la “facción política” que parece imponerse en Rusia. “Temo pensar”, escribe Baker, “cómo nos sentiríamos todos nosotros al despertar algún día dándonos cuenta de que Japón ha entrado bajo nuestra ala y domina tan completamente Rusia que no podrá ser ni persuadido ni forzado para salir mediante alguna acción, sea de los rusos o de los Aliados”. “No sé”, afirma por otra parte, si conozco correctamente al Bolchevismo”. “En lo que lo entiendo, no me gusta”, señala, “pero tengo el sentimiento de que si a los rusos les gusta, tienen derecho a tenerlo, y que no nos corresponde decir que sólo el diez por ciento del pueblo ruso son bolcheviques y que, por lo tanto, ayudaremos al otro noventa por ciento para resistírsele”.<sup>38</sup>

Más dramática, y hasta trágica, en términos personales, la impugnación de la Sociedad de Naciones se celebra por los historiadores y biógrafos norteamericanos como prueba inversa de la preservación de la democracia, el constitucionalismo y el rechazo al poder personal, si no es como prueba definitiva del fracaso de la inteligencia en la política. “No creo”, advertía Robert Lansing desde el Departamento de Estado a mediados de 1916, “que sea sabio limitar nuestra independencia de acción, un derecho soberano, a la voluntad de otras potencias más allá de este hemisferio”. “Ni nuestra soberanía ni nuestros intereses estarían de acuerdo con esa proposición”, dejaba en claro, “y estoy convencido de que tanto la opinión popular como el Senado rechazarían un tratado forjado sobre esas líneas”. “Hemos adoptado un forma mucho más modificada de esa idea en el propuesto Tratado Panamericano mediante el artículo de ‘garantías’”, se enorgullecía. “Pero no me gustaría ver sus estipulaciones extendidas a las potencias europeas de forma tal que, con nuestro pleno acuerdo, ellas tuvieran el derecho de cruzar el océano y detener conflictos en las Repúblicas Americanas”. “Semejante autoridad”, añadía, “sería una seria amenaza a la Doctrina Monroe y una amenaza mayor para la Doctrina Panamericana”. “La Doctrina Monroe”, se defendía a su vez Woodrow Wilson, y a tres años de distancia, ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, “está expresamente mencionada como una avenencia que de ninguna manera es socavada o interferida mediante cualquier cláusula contenida en el Convenio, y la expresión ‘entendimiento regional como el de la Doctrina Monroe’

<sup>38</sup> Newton D. Baker, *op. cit.*, pp. 393-395.

fue utilizada, no porque alguno de los participantes pensara que hubiese un acuerdo comparable en existencia en cualquier otra parte o en proyecto, sino sólo porque se pensó evitar mejor la apariencia de tratar en ese documento con la política de una nación única”. “Absolutamente nada”, insistía Wilson, “está oculto en esta frase”. “Las causas reales”, explicaba Newton Baker meses antes en su renuncia como Secretario de Estado, “han de encontrarse en el protocolo de las relaciones del Presidente Wilson y yo mismo en lo tocante a las negociaciones de paz”. “Con base en ese protocolo debe sustentarse o justificarse el cargo implícito de que no fui enteramente leal a él como Presidente y que fracasé en desempeñar mi pleno deber a mi país como Secretario de Estado y Comisionado para Negociar la Paz oponiéndome a la manera en la cual ejerció su autoridad constitucional para conducir los asuntos exteriores de los Estados Unidos”.<sup>39</sup>

“Aun cuando no han transcurrido dos años desde que nuestro grupo de trabajadores se dispersó”, señala el señor de Wall Street y la Junta de Industrias de Guerra Bernard M. Baruch a finales de 1920, “han sucedido cambios graves en los negocios de nuestra propia tierra y del mundo”. Prolongación de la idea del enemigo permanente, ahora multifacético, la “prosperidad facciosa” presagia días problemáticos y “nubes de depresión y estancamiento” cuyos vientos pesimistas tienen que ver con la conversión industrial, los altos precios, el desempleo o los vacíos hegemónicos dejados por la guerra. “La vieja estructura del comercio y las finanzas internacionales que el mundo había construido pausadamente a lo largo de las décadas y los siglos”, plantea Baruch, “se ha vuelto enmarañada o derruida”. “Esto es especialmente cierto en su importante sector sostenido sobre el grande y complejo sistema y la red ramificada de la industria, el comercio y las finanzas centradas en la Europa Central, particularmente en Alemania”. “Ello significa”, interpreta, “que este gran estuario para el flujo normal de bienes está completamente destruido como si alguna catástrofe cósmica hubiera aniquilado a los viejos países enemigos y sus tributarios comerciales”. “Los ciento veinte millones de habitantes de los Imperios Centrales”, agrega, “constituyeron una parte mucho más importante de lo que antes se reconocía del sistema arterial industrial del mundo”. “No tendremos paz en su pleno sentido”, parece Baruch anunciar tanto el *cordon sanitaire* alrededor de Rusia como la invasión inversionista y prestamista que llegará a Europa bajo el fascismo, “hasta que una Alemania revivida de nuevo asuma su parte en el sistema económico y reabra las fuentes de producción y distribución y los canales del comercio que en tiempos pasados complementaron tan eficazmente los de otras naciones comerciales”. “Mientras los procesos automáticos están operando

<sup>39</sup> Véase Newton D. Baker, *The Peace Negotiations*, pp. 39-40 y 279-280; y Woodrow Wilson, Audiencia ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado del 19 de agosto de 1919 en *The Political Thought of Woodrow Wilson*, *op. cit.*, pp. 503-504.

en dirección a la curación económica”, resume, “no olvidemos que es deber de los líderes de las finanzas, tanto en la banca como en el gobierno, mitigar el doloroso proceso de los actuales reajustes en toda la manera que sea firme y apropiada”.

“El futuro es brillante”, sintetiza Baruch.<sup>40</sup> Y lo será para ese protagonista que conjunta ya definitivamente los intereses de Wall Street y Washington hasta los días de la Guerra Fría.

## Fuentes consultadas

- Baruch, Bernard M., “Address at the re-union of the members of the War Industries Board”, 10 de diciembre de 1920, Reunión en Washington, D.C.
- Baker, Newton D., *America at War*, ed. por Frederick Palmer, tomo II, Dodd, Mead & Company, Nueva York, 1931.
- Baker, Newton D., *The Peace Negotiations* y Woodrow Wilson, Audiencia ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado del 19 de agosto de 1919 en *The Political Thought of Woodrow Wilson*.
- Orozco, José Luis, “La ciencia, la democracia y la guerra para terminar todas las guerras” en *Circunstancia*, año II, núm. 4, Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, España, mayo 2004.
- Orozco, José Luis, “Woodrow Wilson y la democracia universal de los negocios” en *Relaciones Internacionales*, núm. 64, FCPYS-UNAM, México, octubre-diciembre 1994.
- Wilson, Woodrow, *A History of the American People*, tomo v., Harper & Brothers Publishers, Nueva York y Londres, 1901, 1902.
- Wilson, Woodrow, “Carta a Ellen Louise Axson del 24 de febrero de 1885” en *The Political Thought of Woodrow Wilson*, ed. por David Cronon, The Bobbs-Merrill Company, Inc., Indianápolis, Nueva York, Kansas City, 1965.
- Wilson, Woodrow, *Congressional Government. A Study in American Politics* (1900), nueva introd. de William F. Connelly, Jr., Transaction Publishers, New Brunswick y Londres, 2009.
- Wilson, Woodrow, *Division and Reunion, 1829-1919*, Longmans, Green, and Co., Londres, Bombay y Calcuta, 1910.
- Wilson, Woodrow, *The New Freedom. A Call for the Emancipation of the Generous Energies of People* (1913), Doubledy, Page & Company, Garden City, Nueva York y Toronto, 1921.

<sup>40</sup> Bernard M. Baruch, “Address at the re-union of the members of the War Industries Board”, 10 de diciembre de 1920, reunión en Washington, D. C.

- Wilson, Woodrow, "The study of administration" en *Political Science Quarterly*, II, junio 1887.
- Wilson, Woodrow, "To the members of the Academy of the Lincei (*sic*)", 4 de enero de 1919 en *The Messages and Papers of Woodrow Wilson*, tomo I, ed., introd. e índice analítico de Albert Shaw, The Review of Reviews, Nueva York, 1924.
- Wilkinson Bragdon, Henry, *Woodrow Wilson. The Academic Years*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1967.